DOS PALABRAS AL LECTOR.

Los personajes de la historia que vas á conocer, han existido; algunos de ellos existen todavía.

Una amiga respetable, y de cuya veracidad no puedo dudar, me ha referido los tristes detalles de esa borrascosa existencia, apagada á los veintinueve años; de esa desdichada mujer, á quien la alta sociedad de Italia aclamó como modelo de distincion y de elegancia, siendo la esposa honrada y fiel de un título de Castilla: el título de *Marquesa de Valnoble*, y los nombres de *Elvira* y de *Silvia* con que sucesivamente aparece en estas páginas, me han servido para ocultar los que realmente llevó.

Quizás hay en este cuadro colores demasiado subidos; mas no es mi débil mano quien ha trazado tan vigorosos tonos, y no me era dado tampoco dulcificarlos, pues hubiera alterado la verdad de las figuras y la belleza atrevida de las tintas.

La marquesa de Valnoble es una desdichada víctima de los errores, de los vicios, de la falta

de creencias de la época en que desgraciadamente nos ha tocado nacer: un extravío la dió la vida, y de error en error cruza su camino y llega á la tumba por medio del suicidio, que busca para llegar al puerto del descanso, sin pensar en un Dios, todo amor y perdon, que absuelve al que llora y se arrepiente: desventurada siempre, cierra el libro de su triste existencia con un crímen, cuando la juventud y la belleza parecen abrirle los horizontes más espléndidos.

—¡Hay una terrible leccion en esta historia! —me dijo la anciana señora que me la refirió, y que en su santa, ciega y humilde fé religiosa, solo halla bello lo que es bueno:—¡Es la historia de una de tantas hijas de nuestro siglo! ¡Mientras que el trabajo no se mire como el primer elemento de vida y la moderacion en los deseos no domine á las aspiraciones de la vanidad; en tanto que no se eduque á la mujer para la religion y el deber, esta desolada historia tendrá innumerables copias!

Mi anciana amiga tiene razon, y de acuerdo con sus deseos y sus apreciaciones, he llamado á este libro: UNA HIJA DEL SIGLO.

PRÓLOGO.

I.

Hará como unos cuarenta años que hácia la mitad de la calle de Silva, se elevaba en Madrid una casa de buena apariencia y que constaba de cuatro pisos.

Al decir que era de buen aspecto, conozco áun antes que el lector, que esta apreciacion es bastante lata y que no se puede medir por ella el mérito ó demérito de la casa citada: lo mismo se puede aplicar el anterior calificativo á una de esas pobres mansiones que son estrechas y altas, ahogadas en el verano y heladas en el invierno, que á un suntuoso edificio con gran patio, anchurosa escalera y cómodas habitaciones: habiendo un patio limpio y un portero, ya se dá el nombre de *buena casa* á un edificio: la de que se trata era un término medio entre aquellos dos